

Yves Bonnefoy

LA LARGA CADENA
DEL ANCLA
LA HORA PRESENTE



*Edición bilingüe
Traducción y prólogo
de Enrique Moreno Castillo*

Galaxia Gutenberg

Yves Bonnefoy

La larga cadena del ancla
La hora presente

Traducción y prólogo
de Enrique Moreno Castillo

Galaxia Gutenberg



Ouvrage publié avec le soutien du Centre national du livre
Obra publicada con el apoyo del Centre national du livre

Traducción del francés: Enrique Moreno Castillo

Edición al cuidado de Jordi Doce

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2016

© Mercure de France por las obras: *La longue chaîne de l'ancre*, 2008
y *L'heure présente*, 2011

© Les Éditions Galilée por las obras: *Raturer outre*, 2010

© del prólogo y la traducción: Enrique Moreno Castillo, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 15652-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-15-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

LA LARGA CADENA DEL ANCLA

[2008]

El desorden

En escena, hombres y mujeres, una quincena, apiñados unos contra otros, algunos vueltos hacia el centro del grupo que lentamente se desplaza. Alternativamente, uno de ellos se separará de los demás, dará algunos pasos, hablará, si es que esto es hablar, luego volverá a integrarse en el grupo, a no ser que se detenga a escuchar a aquella o a aquel que haya aparecido tras él. Los rostros son indistintos, podría pensarse que están enmascarados.

.....

Ella ha metido
las tres o cuatro fotografías en el cajón,
y le ha dicho, sonriente,
renuncia a acordarte.

¿Nuestras palabras?
Ah, como un remolino de humo,
y esos restos de papel carbonizado, nuestra vida,
aún con algunas chispas.

Él se aleja, pero ella lo alcanza
corriendo.
Tómalo, le dice ella, toma el cofre
que está aquí en mis manos,
el cofre abierto del que chorrean colores.
¡Oh, ámame!

Él toma el cofre.
El azul, el rojo los envuelven.

Hasta es más sencillo el color que la vida.
A través del color la forma se quiebra.

.....

Él exclama, ¡Ah, yo quería
que una voz entrara en el universo!
Se vuelve hacia su amiga en esa playa grande,
la mira, es casi de noche,
avanzan, ya no ven sus pasos sobre la arena en la que brilla un
poco de agua.

Y ella, Sí,
tú habrías dado nuestra vida
por la espiral del fuste de una columna,
habrías arrojado a puñados
nuestra vida, toda nuestra vida, en esta forma.
¡Nuestra propia belleza, la habrías arrojado
a un abismo de formas de una pureza soñada!

Ella se calla,
mira el mar o acaso nada
sino el gran rostro que se alza
ante aquellos que no son sino su dolor.

Ella se aleja,
él ya casi no la ve.
Yo hubiera debido ser, dice ella,
la loca a la que tú hubieras amado por sus silencios,
sus fragmentos de canciones,
sus pasos danzantes hacia la ventana los días de lluvia,
y entonces ella se detiene, riendo, y se vuelve hacia él.

.....

Este panel,
ante el cielo, un rectángulo
cortado en dos por una línea recta.

Y arriba no hay más que oscuridad,
debajo todo es verde esmeralda, como el mar.
Qué enigma, qué nada, este día, esta noche,
cuando entramos los dos en nuestra primera alcoba.

.....

He salido,
la nieve obstruía la tierra,
la noche permanecía aquí o allá en charcos,
el camino renqueaba con el cuervo.
Y yo soñaba con grandes llamaradas,
yo fomentaba en sueños otro cielo,
yo quería ser por todas partes el hacha
que laminara la masa de lo que es,
el hacha sorda, infinita,
cuyos golpes se oyen en el valle.

He salido, estoy en medio del frío, lloro,
oh amigo mío,
no tengo para ti sino estos labios agrietados.

Un día
dejaste en mí de ser el alma libre.

Y sin embargo, sábelo,
se puede pensar de otra manera,
pensar como cuando las cosas se ven en una luz de playa.
Hacer que las tres Gracias estén ahí,
y Apolo y Marsias, el tocador de flauta.

Ser, en el destello,
como una línea de cañas entre cielo y tierra,
y allá, en la arena,
el pájaro que va a morir pero que aún se mueve.

Ser
como una voz se inmoviliza en la cima del canto,
donde otras se reúnen con ella. Un libro
con todas las páginas en blanco.
Algunos dirían: he aquí unas manos que sostienen un libro,
otros: todas las páginas están en blanco.
Otros: la belleza hoy,
nada más que esta agua rompiéndose en la playa.
Nada más que su franja de espuma.

Este canto
tan más allá de sí, mucho más alto
que respirar, que acordarse.
Este canto, el pájaro herido
que ya la arena recubre.
Se mueve a sacudidas, se llena de muerte.

.....

Ella se alzó ante él extenuada de nostalgia, de amor desengañado,
de dolor,
desnuda, pues la tormenta había prendido en las ruinas de otra
tormenta,
así el viento
cambia la forma del cielo.

Y en sus manos,
Dios sabe qué revólver al fondo de un cajón,
la cólera del fondo de las edades
que se arroja gritando sobre el final de todo.

Abre de par en par la puerta, llora
porque él no ha sabido
sino en el último minuto,
y entonces sus ojos se han llenado de lágrimas pero él se iba,
lloro
por todos y por todas las que han llorado,
por los muertos que no se acaban de morir,
por todo, hasta por la luz que hay en mí.

Mas si muero, morirá él, el eterno,
no debo morir.
Si me descompongo en la luz, él se descompondrá,
nuestras nubes, nuestros colores irán a la deriva,
irresistiblemente los vientos de lo alto se las llevarán,
no debo morir.

Oh, tengo tanto dolor
que me ha purificado y ya no tengo nombre y casi canto.
Ya no existo, caigo,
mi cabeza se deshace de un extremo a otro del cielo.

¡Qué sola estoy!
Van a quemar para mí unas ramas húmedas,
van envolver mi vida en una sábana.
Hablan distraídamente de mí en este día gris,
en que el viento a veces se encoleriza y se arremolina.

¿Soy yo quien ha cogido,
intacta como el cielo que transcurre veloz,
esta cosa incomprensible, el revólver?
Cuán pesado es el hierro cuando los ojos se cierran,
¿qué dios ha sostenido mis pobres dedos?
Pero ahora tengo otra vez mis manos de niña.

Dios,
Dios de los otros,
mira en el interior de mi larga jornada,
mira en el interior de mi fatiga, de la que nadie viene a sacarme,

mira en esta sangre
de la que me he manchado hasta morir,

mira en la palma de mi mano izquierda,
mira en mi mano derecha,
mira en mis dedos que por ti juego a separar y luego a reunir.

.....

Somos una fotografía rota,
el instante que habremos amado sobre esta tierra
pero que inflama el relámpago del romper.
Mira, es esta foto de un atardecer de finales de verano en la
playa,
se ve a niños desnudos corriendo hacia el mar.

¡Y esos periódicos!
Cogíamos unas páginas, las apilonábamos, bien prietas,
las poníamos en los leños que ardían mal.
Humo, humo nuestra vida.
Y ahora el fuego corre por la imagen,
la llama prende la boca, prende la sonrisa,
prende la mano que quiere retener el vestido en el hombro des-
nudo,
abrasa la mirada que ya no escondía el deseo.
Ah, recuerdos: nuestro Erebo,
un gran sollozo informe está en el fondo de nosotros.

Dime, qué has visto en este legajo, dilo pronto,
antes de que se acabe la vida.
No lo sé,
quizá la cara de un niño,
quizá un cuerpo en una posición, no, esa no es la palabra, desde
un ángulo, no,
quizá el rostro de Dios.
Pero una fuerza ha pesado sobre mí más veloz que el deslizarse
de las imágenes.
¡Cuántas veces he buscado desde entonces!
Pero su número es el infinito.
¡Maldita sea la memoria!

¡Es que no te acuerdas
de nuestra primera alcoba! Muy triste
era el papel de flores de las paredes, quisimos arrancarlo,
pero por debajo había otro papel más,
y otro, y otro,
y el último sobre el yeso gris, era de periódico,
con palabras del siglo anterior a nuestras vidas
que íbamos enroscando bajo nuestros dedos mojados. Finalmente
raspamos la pared con cortaplumas.
Tú reías como yo, caía la noche.

.....

Ella sueña
que está encaramada a la escalerilla, llama a la puerta cerrada.
Ya zumban los motores.
Nadie responde en la profundidad del avión
y el mundo despega,
ella se queda allí flotando entre el nacimiento y la muerte,
en el cielo en calma,
en el cielo en el que algunas nubecillas se acaban de disipar,
en el azul, es decir, Dios, no, lo eterno.

¿Pero no es esto una pesadilla,
ese avión, Dios?
Ella se vuelve hacia la sombra,
las cortinas, el papel de flores de la alcoba,
demasiado cerca de su rostro. Mirad,
llego de muy lejos, llego del extremo de la gran playa,
llevo a mi niño de la mano, tengo frío, estoy sola,
los días se suceden a los días.

Yo me decía a veces que era Agar en el desierto,
pero el ángel
no planeaba sobre mí,
azul y rojo,
ni surgía de un arbusto con el cántaro de agua y el pan.
Pero he ido caminando, ¿qué otra cosa iba a hacer?
Y ahora, qué dicha. Llego, las puertas se abren.

Ven, hijo mío,
pon tu pequeña mano en mi mano inmensa,
corramos,
las sombras en estas rocas no nos atraparán.

Corren.
Golpes de espuma chocan contra ellos.
El cuerpo del color entre las manos de la noche.

.....

Oh, primero vacilante
pequeña voz. Se aparta del grupo,
avanza, tímida,
hacia el proscenio.
Es algo grande
cuando la palabra se reanuda tras tantos meses de silencio.

Tras meses en los que ella permaneció postrada,
con los dedos cosiendo, descosiendo
ese trozo de tela informe en sus rodillas,
ha olvidado, quizá,
ha canturreado un poco, ¿es esa la palabra?

Pero entonces, tarde,
han vuelto a la alcoba,
pasan deprisa hombres y mujeres,
cambian de sitio los muebles,
se oye el ruido sordo de los muebles que arrastran.

.....

Y él
está de pie en su muerte
como un estilista.
Su alma en torno a él como una humareda.

Grita. Desde lejos escuchamos sus gritos,
desde más cerca son palabras, pero privadas de sentido,
¿acaso habla de algo malo que le han hecho,
anterior al primero de sus recuerdos?
No ve nada de nosotros, no nos oye,
nosotros nos alejaremos, él seguirá gritando,
allá arriba y desnudo, en lo alto de su ridícula columna,
sucio, gesticulando, ante el cielo.

.....

Mira,
primero la máscara banca, luego la máscara roja
pero, en el intercambio entre las dos, contempla mi rostro.

Mira,
inclino sobre el tuyo todos mis rostros,
nosotros te contemplamos, sonrientes,
con todas nuestras grandes manos te alzo,
la tierra se hace pequeña por debajo de ti.

Ah, hijo nuestro,
ven a nuestra región donde el cielo es rojo,
donde el maíz se seca en lo alto de las puertas,
donde brillan los ríos en la tarde que no tiene fin,
ven, que todavía mañana tus días desborden
del jarro que pondrás sobre las losas,
y tan fuerte será
la evidencia del agua, del calor,
de las espesuras del horizonte, vibrantes, blancas,
en el calor,
que desfallecerás, y eso será nacer.

.....

Él dice: Voy a morir.
Mi vida fluye y refluye.
Como en un bosquecillo que vi antaño,
inundado, por la mañana. El agua se extendía bajo los árboles.
Se formaban corrientes, aquí o allá.
Dicen que cuando mueres el pensamiento se apacigua,
y que uno tras otro se disuelven
los pesares, los enigmas de la vida.
Ay, yo, yo, no puedo ya pensar
más que en un nombre que he olvidado,
un nombre, ah, tan corriente,
y pasa la hora, y se pierden mis últimas oportunidades.

Y sin embargo todo este cielo a través de los árboles,
esas dos columnas salomónicas, las nubes,
y ese fuego más allá del pórtico, cuyos arqueros
lanzan flecha tras flecha contra nosotros.

.....

Niños, a veces, por la noche,
cuando se enciende el faro.
Es lo alto de una duna, se tiran cuesta abajo.
Ante ellos, ¡cuántos desechos
medio enterrados en la arena!
Carbón, restos de ramas, trapos de diversos colores.
Uno de los que surgen de allá arriba
blande una especie de listón en el que ha colgado una página de
revista.
Gritan. Uno de los chicos cae sobre una de las chicas,
lucha. Con una mano que ella hunde en la arena coge lo que
sale, tira,
tiran entre los dos.
Es una hoja de periódico sin fin, palabras arrugadas, rasgadas.

.....

Nos separamos uno de otro.
Así que tendremos que acordarnos,
pero el recuerdo es el olvido,
te habré olvidado cuando crea ver tu rostro.

Oh, por favor, dice ella,
intenta acordarte de lo que no me destruye.

Intenta acordarte
de esta flor que tomo.

Él grita: Yo quisiera ahogarme entre dos colores,
yo quisiera estar en la oscuridad para lanzarla sobre ti a puñados,
ardo en deseos de morir por ti porque ya sólo sé morir.

Y ella:

¿qué tendré que ser para que puedas amarme sin morir por ello?
Él no le contesta, simplemente llora,
el viento se hace más frío, ella se pone el chal sobre los hombros.

.....

¿Quién hubiera pensado, en tiempos,
amiga mía,
cuando el pastor hacía avanzar a sus animales bajo el cielo,
y lavaba, cuando ya era de noche,
la ubre hinchada de la oveja temblorosa,
que un día tendríamos vergüenza de las palabras?

Que nombrando las cosas que existen
pudiera uno sentirse culpable.

Incluso que por decir, mira,
niño,
pudiera uno creerse culpable.

Y es verdad que la nieve cae y cubre la nieve,
que el relámpago merodea por entre nuestras sombras en la
blancura de la nieve.

Y que por todas partes se grita y se mata.

Pero, amiga mía,
intentemos amar el nombrar todavía esta mañana.